

# **Bendita palabra**

**Verónica García-Peña**

© 2011 Texto: Verónica García-Peña

© 2013 Portada: Verónica García-Peña

© 2013 Portada: José Luis Ruiz Delgado

ISBN: 978-84-616-6405-4

*A José Luis por estar siempre ahí*

## PRIMERA PARTE

### El juego

#### Capítulo 1

Le había costado un tiempo hacerse con todo lo necesario, pero ya lo tenía. En apenas unos minutos el juego daría comienzo y todo, absolutamente todo, estaba dispuesto.

Examinó con calma su reflejo en los ojos abiertos de par en par y sin vida de esa chica que desde el suelo miraba exánime a la oscuridad del atardecer pidiéndole ayuda. Se sentía mayor. Los años iban pasando sin clemencia y la soledad no era una buena compañera de viaje; no lo era.

Con serenidad y en silencio sacó un par de cuchillos de la bolsa que llevaba y comprobó que estaban bien afilados. En ellos también reparó en su reflejo. Volvía a sentirse mayor. Rápidamente, su bendita palabra alejó el filo de su vista y de sus ojos, y los clavó en el cuerpo inerte de esa chica. No podía permitirse sentir lástima ni pena. Debía seguir con el trabajo, pues el tiempo se le echaba encima.

Cortar, pegar y colgar.

Un último minuto de paz para colocar las piezas y salir corriendo.

Ahora que el juego había comenzado, sólo debía mover bien las fichas. Colocar las piezas a su favor y construir un gran sueño. Una ilusión en la que la palabra que retronaba en su mente desde hacía años consiguiera ser la protagonista. Bendita palabra que debía servir, por fin, para apaciguar su corazón y alejar la soledad.

## Capítulo 2

Leonor Ezquerro marchaba ensimismada en sus pensamientos camino de la parte trasera del edificio de Bellas Artes de la Universidad del País Vasco con la música de su *mp3* a todo volumen. Eso la permitía aislarse de los demás y dejar de lado las miradas de sorpresa e incompreensión que le dedicaban aquellos con los que se cruzaba. A esas alturas de su vida debería estar acostumbrada, pero había veces en las que no se sentía con fuerzas. Ese día era uno de ellos.

Ella era una chica bastante peculiar. Normalmente, iba sola a todos lados y aquel día no era una excepción. Solía vestir como una gótica sacada de contexto. Era una mezcla entre un dibujo manga japonés y una viuda negra. Pelo negro azabache con mechones de color morado, anillos de calaveras, brazaletes de pinchos, maquillaje exagerado... Era un personaje demasiado curioso como para pasar desapercibido. En la universidad eran muchos los alumnos y profesores que se reían de ella o simplemente la señalaban como si fuera un animal del zoo al que había que ver. Por eso, su *mp3* la ayudaba a no pensar en aquellos que la miraban con desprecio.

A medio camino se encontró con el profesor de guión cinematográfico Richard Elizalde que la sonrió. Ella le devolvió la sonrisa, se acercó a él y le entregó un sobre. No cruzaron ni una mirada ni una palabra más de lo necesario ya que ambos sabían de qué se trataba.

Era el borrador de un trabajo sobre cine adolescente de los 70 en adelante en el que ambos participaban. Elizalde lo estaba coordinando para un grupo de alumnos del colegio El Regato. Cuando se lo encomendaron, dudó si él era el adecuado, pero finalmente, debido sobre todo a la insistencia de Leonor, accedió. Y es que, a veces, se dejaba llevar por su aprensión al cine de terror. Un cine lleno de adolescentes muertos de maneras casi inverosímiles, gritos iracundos y carreras escaleras arriba que no llevaban a ninguna parte donde, habitualmente, las rubias de pechos grandes se salvaban y las morenas promiscuas morían. Aunque también era cierto que, en los últimos años, esos clichés habían evolucionado y además, él era consciente de que esas películas gustaban y mucho. Incluso él las había visto, sobre todo, en los últimos meses.

Tras la entrega del sobre, tan sólo hubo un momento para un comentario afilado por parte de Leonor sobre ciertas columnas de opinión que Elizalde solía escribir cada semana para el *Metropolitano del Norte*, uno de los periódicos de mayor tirada del País Vasco. Tras esas observaciones, silencio. En los últimos días, su relación se había vuelto complicada.

Leonor se despidió del profesor con un simple adiós y siguió su camino. Tenía una cita a la que no podía faltar. Enrolló los auriculares de su reproductor cuando ya estaba llegando al punto acordado y lo guardó en el bolso. Sacó un cigarrillo y cuando se dispuso a encenderlo, su mirada se cruzó con una imagen que ya no podría olvidar jamás. Allí, detrás del edificio de Bellas Artes, colgada de un árbol, estaba su cita.

### Capítulo 3

La periodista Lucía Ferrer llevaba más de media hora esperando a que Gustavo Lagos, el redactor jefe del *Metropolitano del Norte*, la atendiera. Habían quedado a las cinco y media para hablar de una futura colaboración estable, pero como siempre, la reunión se estaba retrasando. No debía sorprenderla ya que solía ser habitual, pero le fastidiaba estar allí mirando desde la mesa dedicada a becarios y a colaboradores ocasionales como ella.

Esa mesa no le gustaba nada. Le recordaba su precariedad laboral y la forma en la que cada cierto tiempo el inepto de Gustavo menospreciaba su trabajo dándole labores que nadie más estaba dispuesto a hacer. Acostumbraba a usarla cada semana, cuando cubría algún que otro evento para el periódico. Por unas horas de trabajo le pagaban de 40 a 60 euros por artículo, dependiendo del espacio disponible ese día en la edición.

Miró su reloj. Eran ya las seis y diez de la tarde. Suspiró y echó un vistazo al resto de la redacción. A esas horas estaba bastante tranquila. La mayoría de noticias se producían por la mañana y, por las tardes, eran pocos los redactores que aparecían por allí. Los únicos que estaban eran los de deportes y cultura. De los de información local y regional, política o economía, ni rastro. Regional se confeccionaba por la mañana y Gustavo decidía qué noticias se cubrían en cada provincia. Tanto en Álava como en Guipúzcoa, se contaba con una redacción que se conectaba a la principal de Vizcaya para elaborar su parte del periódico. Internacional y nacional se hacía desde Madrid.

Las manecillas de su reloj de pulsera seguían avanzando sin descanso. Lentas, pero sin piedad. Ya eran cerca de las seis y media. Cansada se levantó y miró por la ventana. A través de las amplias cristaleras de la redacción se veía la Plaza Zaballuru al completo. Desde que, hacía un par de años, el periódico se trasladó allí, al mismo centro de Bilbao, abandonando un polígono lúgubre de las afueras, la redacción parecía haber adquirido un poco más de vida, por lo menos, por las mañanas. Seguramente era fruto de la cercanía de la gente entrando y saliendo de comercios, paseando, o de la juventud de los estudiantes yendo a las academias de estudios cercanas. Eso siempre era contagioso. Activos, vivos y con ganas de cambiar el mundo. Lucía también fue así durante la universidad. Ahora era más realista. La vida le había obligado a serlo y, cambiar el mundo, se lo dejaba a otros.

Volvió a centrarse en el interior de la redacción y buscó algo con lo que entretenerse. En la entrada, sobre una mesa baja junto a unos sillones de espera, había varios periódicos de días anteriores, suplementos y algún que otro diario de la competencia. Podían servir.

Estaba segura de que aún tendría que esperar algo más. Justo antes de que ella se identificase ante el guardia de seguridad del edificio para poder subir a la redacción, había visto a Gustavo salir a recibir en persona a uno de los accionistas del periódico. La mayor parte de los socios eran constructores, políticos que querían ascender a través de la empresa privada y algún que otro empresario metalúrgico.

Eran ya más de las seis y media y, a esas horas, le hubiera encantado levantarse y largarse de allí, pero no podía. Le hubiera gustado irse a casa, darse una buena ducha y después preparar la cena. En cambio, lo que hizo fue sacar el móvil y mandar un mensaje a su marido. Por el momento y a no ser que hubiera cambios, le tocaría a él hacer la cena.

Luego cogió el periódico de ese día, martes 15 de marzo, y se dispuso a echarle un vistazo. Nada nuevo ni diferente. Fue pasando cada sección como si supiera de antemano lo que iba en cada una de ellas y, en cierto modo, lo sabía. Siempre era lo mismo. Las mismas caras en los mismos sitios haciendo las mismas cosas. Fue de la sección de política hasta la de sucesos. Pasó la página y llegó a las esquelas. Cada vez eran más pequeñas. Sería por el precio que tenían. El *Metropolitano* tenía esquelas a precios desorbitados. Se aprovechaban de que era uno de los de mayor difusión y por eso la gente estaba dispuesta a pagar verdaderas fortunas para que la defunción de su familiar apareciera en él. Tras leerlas, pasó a la contraportada. Allí encontró un artículo de opinión, precisamente, sobre las esquelas. Era de un profesor de la UPV -Universidad del País Vasco-. Lo leyó por encima y cerró el periódico. Miró el reloj otra vez. Lo iba a desgastar de tanto contemplarlo y además, eso no iba a hacer que Gustavo la atendiera antes.

Dobló el periódico para dejarlo en la mesa y notó una vibración en el bolso. Era su móvil. Un mensaje. Lo sacó y lo leyó: «Vale. Yo hago la cena, pero me debes una. Te quiero».

Era de su marido. Alberto y ella llevaban más de 15 años juntos y de ellos, cinco casados. Se comprendían y compenetraban perfectamente. No necesitaban muchas explicaciones para entenderse. Él tenía más fortuna que ella en el mundo laboral y, siendo periodista como ella, contaba con un trabajo en el gabinete de prensa del consejero de Servicios Sociales del Gobierno Vasco. Era un trabajo lo suficientemente bueno como para que, con su sueldo, se pudieran pagar el alquiler del piso donde vivían, tener dos coches, aunque fueran viejos, y llegar a fin de mes. Sin caprichos, pero dignamente. Lucía aportaba

lo que podía, que era más bien poco ya que se tenía que conformar con colaboraciones esporádicas. De ahí que siguiera allí sentada pese a las horas que eran.

Finalmente, se levantó ya cansada de esperar y fue hasta la máquina de café, situada al fondo del pasillo de la entrada del periódico, a cogerse un café con leche bien cargado. Buscó cincuenta céntimos en la cartera y le dio al botón. Con el café ya en la mano, se giró para volver a sentarse a esperar y se dio de lleno con unos ojos vidriosos y desesperados que parecían suplicar ayuda.

–¡Ayúdeme por favor! ¡Ayúdeme! –le pidió la mujer a la que pertenecían esos ojos.

Lucía no supo qué responder, pero la vio tan afligida y apenada que la cogió del brazo y la llevó hasta la mesa de becarios donde llevaba ella más de dos horas esperando.

–Tranquilícese. ¿Qué le ocurre? –y la invitó a tomar asiento.

–Mi hija... –comenzó a decir la mujer balbuceando. Apenas se la entendía–. Mi hija...

–¿Su hija? –le preguntó la periodista ofreciéndole un par de pañuelos de papel.

–¡Sí! ¡Mi hija ha desaparecido! ¡Mi hija... –y empezó a llorar desconsoladamente.

–¿Ha llamado a la policía?

–¡Sí! ¡Les he llamado! –y levantó la voz. Se puso a gritar desesperada–. ¡Les he llamado!

Los redactores de deportes y de cultura que aún seguían trabajando en la redacción dejaron por un momento sus ordenadores y miraron a Lucía. Ésta se encogió de hombros y les hizo una señal para que volvieran a lo suyo. Poco podía hacer esa gente por aquella mujer y ella, tampoco tenía muy claro cómo la podía ayudar.

–He estado en la policía y nadie me hace ningún caso. Me dicen que debo esperar, pero mi Miren ha desaparecido... La han secuestrado... Me la han robado...

Con los gritos, Gustavo salió de su despacho con cara de pocos amigos. Echó un vistazo a la redacción y vio a Lucía intentando calmar a la señora que seguía llorando y clamando ayuda. Se acercó hasta ellas y le pidió a la periodista que le explicase qué era lo que ocurría. Ésta así lo hizo. Luego se dirigió a la mujer.

–¡Muy bien señora.... –comenzó el redactor jefe

–Me llamo Dolores Gárate –le dijo ésta sollozando y sonándose la nariz.

–Muy bien señora Gárate. Lucía le cogerá todos los datos y haremos una noticia sobre la desaparición de su hija –y de la misma se alejó de ellas y fue hasta el interfono del pasillo.

Ese telefonillo comunicaba directamente con el vigilante de seguridad de la entrada del edificio. Gustavo estaba furioso con él por haber dejado entrar a esa mujer sin previo aviso y sin su permiso. Se lo tenía que hacer saber. Al instante regresó a su despacho sin decir nada más.

Lucía lo observó mientras se alejaba. Era un verdadero cabrón insensible. Después, con buena cara, le pidió a la señora Gárate que le contara todo lo ocurrido. Sacó de su bolso la libreta de notas y un bolígrafo, y comenzó a apuntarlo todo. Cuando acabaron, Lucía llevaba escritas más de cinco hojas.

Tras una breve conversación en la que le prometió que la noticia sobre la posible desaparición de su hija saldría lo antes posible en el periódico, la acompañó a la salida y le aconsejó que se quedara en casa por si la policía o su hija llamaban. La señora Gárate le dio las gracias, la abrazó y le dio un par de besos. Nadie hasta ese momento le había prestado atención y ella sabía que su hija no había desaparecido sin más.

Mientras la señora Gárate abandonaba las instalaciones del *Metropolitano* y ella regresaba a la mesa de los becarios, vio cómo el accionista reunido con Gustavo salía del despacho del redactor jefe y se encaminaba hacia la salida. Se sentó en la silla y esperó. Pronto sería su turno.

El teléfono fijo de la mesa de becarios sonó. Gustavo ya estaba libre y quería hablar con ella. Cuando colgó, resopló y se dirigió hacia el despacho. Por fin podría hablar de su futuro en el *Metropolitano*.

Antes de entrar, llamó a la puerta. Gustavo hizo un gesto con la mano para que pasase y cerrase. El redactor jefe estaba sentado en su sillón de cuero negro, con su pelo engominado, su corbata aflojada y su cara de siervo de políticos y empresarios de dudosa reputación. Desde que era el redactor jefe, su economía se había saneado considerablemente. No le importaba que rodaran cabezas a su alrededor ni que el *Metropolitano* perdiera credibilidad si a cambio conseguía una administración abundante para algunos accionistas del periódico y por supuesto, para él mismo. También había optado por un amarillismo propio de los tabloides británicos muy alejado del buen periodismo.

Ese despacho, a Lucía siempre le había producido cierta angustia. Al entrar en él sentía una punzada en el estómago. La primera vez pensó que era una simple impresión por los premios y títulos que Gustavo acumulaba y colgaba por las paredes y es que, en el pasado, fue un excelente periodista. Sin embargo todo eso hacía mucho tiempo que había cambiado. Se había esfumado cuando entró a trabajar en el *Metropolitano* y de la mano de sus bien situados contactos y sus actos, ciertamente cuestionables, ascendió rápidamente. Empezó como un simple redactor, pero no tardó en subir como la espuma.

Tras más de una visita a ese despacho, Lucía descubrió que esa sensación de angustia no era provocada por la habitación en sí, sino por el propio Gustavo con su aire de superioridad, insensibilidad y falta de ética. El verle sonriente y feliz en algunas fotografías junto a verdaderos mafiosos de la construcción y políticos tan corruptos que los habían echado de sus propios partidos, era otro punto a tener en cuenta. El dinero y el poder pudieron más que la ética o la imparcialidad; que la decencia y el buen periodismo. Gustavo echó por tierra gran parte de lo que su nombre había significado alguna vez. Prefirió asegurarse una excelente jubilación con los bolsillos bien llenos.

Para Lucía eran precisamente, profesionales como Gustavo Lagos, los que habían provocado un verdadero declive de la profesión periodística. Eso y el intrusismo laboral. En la actualidad, cualquiera podía ejercer de periodista. Desde una modelo venida a menos hasta la ex amante de un torero o un futbolista. Lo importante era vender, vender y vender.

La periodista intentó ignorar aquella sensación de angustia y tomó asiento. Esperó a que Gustavo hablase. Eran cerca de las ocho de la tarde y ya lo único que quería era aclarar su futuro, darle las notas de la señora Gárate y marcharse a casa. Alberto la esperaba y tenía ganas de cenar con él tranquilamente y luego ver alguna película o serie que dieran en la televisión.

–Bien Lucía. Siento haberte hecho esperar, pero ya sabes cómo son estas cosas –Lucía guardó silencio. Asintió con la cabeza sin más–. Antes de nada, quiero que me digas qué es lo que le pasaba a esa loca que antes se ha colado en la redacción.

–Bueno Gustavo –comenzó a explicar Lucía–. Yo no creo que esté loca. Sólo está preocupada porque su hija no aparece. Además, antes de hablar de la señora Gárate, me gustaría aclarar qué va a pasar conmigo.

–Eso luego –sentenció Gustavo–. Primero cuéntame lo de esa desaparición –y se encendió un cigarro.

Estaba prohibido fumar, pero él se saltaba la prohibición constantemente. Lucía suspiró para sus adentros y sacó la libreta con las notas que había tomado. Con voz calmada y serena, a pesar de querer acabar cuanto antes, le resumió brevemente lo que la señora Gárate le había contado.

–Su hija se llama Miren Azpeleta y tiene 16 años. Todo ha ocurrido hoy mismo. La dejó sola en casa estudiando para un examen que tenía esta tarde mientras ella iba a hacer unos recados. Eso fue hacia las doce del mediodía. Cuando volvió, su hija no estaba. Al principio pensó que se había ido al examen sin avisar, pero cambió de opinión cuando llegó la tarde y la joven no volvió. Sus amigos tampoco saben nada de ella y al examen no fue.

–¿Y la policía? ¿Sabe algo de todo esto?

–La mujer ha ido a la policía, pero allí le han dicho que lo más probable es que su hija se haya escapado de casa. Le han asegurado que todavía es demasiado pronto para considerarla desaparecida –echó un vistazo el reloj de pared del despacho de Gustavo–. No han pasado ni diez horas. Aún así, le han prometido que lo investigarán, sin embargo la señora Gárate no se fía de lo que hagan o dejen de hacer, y quiere que los medios de comunicación la ayuden. Por eso ha venido.

–¿Eso es todo? –preguntó Gustavo dando una profunda calada al cigarro.

–Bueno, también me ha descrito a la chica. A saber, rubia con pelo corto, estudiante aplicada, guapa, ojos azules y tiene un novio que se llama Jon.

–¿Drogas? ¿Sexo? ¿Alcohol? ¿Hay algo de eso?

–No parece, la verdad.

–Vale, pues con esa información poco podemos hacer. Redacta un breve para la sección de sucesos de la edición de mañana. ¿Tenemos una foto?

–Sí. La señora Gárate me ha dado una de carné –sacó la foto de la parte trasera de la libreta y se la dio a Gustavo.

–Una niña muy mona –y de la misma se la devolvió–. Lo dicho. Un breve. Le das la foto a los maquetadores y que la incluyan al lado del texto. Eso es todo –y apagó en cigarro en el

cenicero que lo tenía atestado de colillas y ceniza. Así, a Lucía no le extrañaba que el despacho siempre oliera como una tasca.

–¿Y qué hay de lo mío? –preguntó ella sin levantarse de su sitio. Llevaba más de dos horas esperando para hablar de ese tema y no se iba marchar sin hacerlo.

–¿De lo tuyo? –respondió Gustavo con cara de poco interés–. De lo tuyo, por el momento, no hay nada. Haz el breve y ya veremos. Por él te pagaré 10 euros.

Lucía no dijo nada más. Estaba enfadada, pero poco podía hacer salvo obedecer. Estaba convencida de que a todos los jefes les daban alguna clase de cursillos para ser unos cretinos o de lo contrario, sus genes mutaban según se afianzaban en el puesto. Cerró la libreta y abrió la puerta para salir del despacho y ponerse con el trabajo cuando se dio de lleno con uno de los redactores de deportes. Venía casi sin aliento con un fax en la mano. Apartó a Lucía a un lado y se lo dio a Gustavo con manos temblorosas.

–¡Un asesinato! –gritó nervioso–. ¡Ha habido un asesinato en la universidad!

Lucía no se movió. Quería saber más. Era una noticia realmente novedosa y escalofriante.

Gustavo leyó el fax en voz alta. Era de una fuente que tenía dentro de la policía.

«A/A Gustavo Lagos:

Ha habido un asesinato en Lejona. Una chica ha aparecido muerta detrás del edificio de Bellas Artes del campus de la UPV. La cosa pinta rara. Ya deberíamos estar en paz.

H.»

Gustavo se levantó de su sillón y se asomó a la redacción. Fue echando un vistazo a la gente que allí tenía. Eran ya las ocho y media y apenas quedaba nadie. Luego miró a Lucía y le hizo un gesto para que se acercara.

–Deja el breve y vete a la universidad. Como has oído, ha habido un asesinato –le ordenó.

–¿Yo? –preguntó Lucía sorprendida. Eso parecía un buen suceso para cubrir y, en circunstancias normales, nunca se lo mandarían a ella; a una simple colaboradora.

–¡Sí! ¡Tú! –le indicó Gustavo con voz de orden y mando–. No tengo a nadie aquí y tampoco hay tiempo de buscarlo si queremos tener información exclusiva antes de que otros medios también reciban la noticia.

Lucía lo pensó un momento. Pensó en su situación actual y en su futuro. Tal vez fuera esa la oportunidad que llevaba años esperando. Era ahora o nunca, así que se armó de valor y, mirando a Gustavo a los ojos, le lanzó un órdago.

–Vale, pero yo también pongo condiciones –expuso segura de que debía aprovecharse de la situación. No sabía cuándo tendría otra oportunidad.

–¿Cómo? –exclamó Gustavo que ya se metía dentro de su despacho y marcaba el número de Miguel Herrador, el fotógrafo del periódico que estaba ese día de guardia.

–Mi condición... –comenzó a explicar la periodista algo nerviosa. Sentía que le quería temblar la voz, pero se mantuvo firme e intentó disimular–. Mi condición es que quiero un contrato de trabajo serio. Nada de simples colaboraciones.

–¡Qué! –profirió Gustavo atónito. Esa chica le estaba haciendo frente y eso no le gustaba lo más mínimo.

–Quiero un contrato laboral serio –repitió Lucía– o de lo contrario, como soy una simple colaboradora, puedo vender la noticia a otro medio y la exclusiva ya no será del *Metropolitano*.

Gustavo torció el gesto. Estaba tenso. Terminó de hacer la llamada a Miguel Herrador. Le contó lo ocurrido en el campus de Lejona y le pidió que acudiera allí donde se encontraría con una periodista de la redacción. Cuando colgó, se dirigió directamente a Lucía.

–¡Está bien! Esta será tu oportunidad de demostrar lo que vales ¡Tu única oportunidad!

Lucía sonrió. La jugada le había salido bien y un enorme alivio invadió su cuerpo y su mente. Asintió con la cabeza a todo lo que Gustavo le indicó que debía hacer y salió camino de la mesa de becarios. Cogió de ella un par de bolígrafos y algunas pilas para la grabadora. Comprobó que funcionaba y lo guardó todo en su bolso. Antes de irse, llamaría un momento a casa para decirle a Alberto que esa noche tendría que cenar solo. Él lo entendería. También era periodista y sabía que esas cosas podían pasar.

Antes de que pudiera empezar a llamar, Gustavo volvió a salir de su despacho. Fue hasta la mesa de becarios, se apoyó en ella y la miró fijamente a los ojos.

–Es tu oportunidad. Tu única oportunidad porque como la jodas, no vuelves a poner un pie en ninguna redacción. ¡Te lo aseguro! –y se marchó encerrándose en su despacho con un sonoro portazo.

## Capítulo 4

El profesor Richard Elizalde entró en el aula 14 y dejó su maletín y la chaqueta sobre la silla. Sacó una tiza de su maletín y escribió unas palabras en la pizarra: «Cine Mudo». Ese día empezaría una nueva lección. No tardó en escuchar los carraspeos de sus alumnos al leer el nuevo tema, pero los ignoró. Sabía que era un cine que no gozaba de demasiado entusiasmo entre los jóvenes, pero que él creía de obligado aprendizaje. Se giró hacia sus estudiantes para explicarles el motivo por el que debían instruirse en ese tipo de cine, pero alguien abrió la puerta y le interrumpió antes siquiera de empezar. Era el bedel del edificio. Se acercó al profesor y le susurró algo al oído. Elizalde dejó la tiza en la mesa, se bajó de la tarima y se dirigió con gesto serio a sus alumnos.

–Muy bien chicos. Ha ocurrido algo y vamos a suspender las clases hasta nuevo aviso. Os pediría que, por favor, os vayáis todos a casa. Gracias.

–Pero, ¿qué ocurre profesor?

El profesor Elizalde no respondió a ninguna pregunta. Cogió su maletín y su chaqueta, y salió corriendo del aula. En el pasillo se encontró con la profesora de ética periodística, la señorita Julia Armas. Se llevaban bien. De hecho, durante un tiempo, fueron más que amigos.

–Julia, ¿has oído lo que ha ocurrido?

–¡Sí! Me han avisado los bedeles.

–¿Sabes dónde ha sido?

–Han debido encontrar el cuerpo detrás del edificio de Bellas Artes.

Seguidamente, Elizalde se despidió de la señorita Armas y, a toda prisa, fue hasta su despacho. Dejó allí sus cosas y luego, se dirigió al edificio de Bellas Artes. Cuando llegó, un sinfín de policías no le dejaban pasar. Habían acordonado la zona para evitar que los curiosos y morbosos que allí se arremolinaban pudieran acceder al lugar del crimen. Suerte que entre la multitud de agentes que estaban en el escenario, reconoció a alguien con la que había compartido muchas cosas en el pasado. Se trataba de uno de los inspectores de la Ertzaintza que llevaba el caso, Silvia Arrieta. La llamó para intentar que le pusiera al corriente.

–¡Hola Richard! –le saludó una Arrieta con gesto serio y semblante nervioso.

–¡Hola Silvia! ¿Qué pasa? ¿De verdad han encontrado una muerta?

–Sí. Se trata de una adolescente.

–¿Una adolescente? ¿Y cómo ha ocurrido?

–No sé si debo contártelo –dudó la inspectora. No le gustaba andar con chismes.

–Venga ya Silvia. Por los viejos tiempos.

–Está bien, pero sólo por eso –y se acercó al profesor Elizalde para describirle lo sucedido en voz baja. No quería que el resto de los presentes lo escucharan–. La muchacha ha sido acuchillada con mucha brutalidad varias veces en el corazón, en el estómago y en la garganta. Luego fue colgada de un árbol.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó el profesor dando un paso atrás.

–¡Pues créetelo! Cuando la prensa se entere, esto va a ser un circo.

–¡No digas eso! No toda la prensa monta circos y lo sabes –protestó Elizalde que, a parte de ser profesor de cine, era gran amante del periodismo y todas las semanas escribía para el *Metropolitano del Norte*–. Por cierto, y ése ¿quién es?

–¿Quién? –preguntó Arrieta mirando a su alrededor.

–Ése –y el profesor señaló a un hombre corpulento y bajito que se ponía unos guantes de látex para ayudar al forense a examinar el cadáver.

–Ése, para mi desgracia, es mi nuevo compañero del caso.

–¿Tu compañero? Yo creía que trabajabas sola.

–Ya bueno. Los de arriba, debido a las características de la muerte –y marcó el lugar donde estaba el cadáver de la chica–, han decidido que tendré compañero. Es el inspector Martínez y es un incompetente de mucho cuidado al que voy a tener que aguantar.

Después de decir aquello y resoplar, la inspectora Arrieta no le contó nada más. Le hizo un gesto para que mantuviera la boca cerrada, pues conocía de sobra sus buenas relaciones con el *Metropolitano*, y le mandó colocarse detrás del cordón policial como los demás. Elizalde obedeció y desde allí, contempló cómo un buen número de forenses y otros

policías hacían fotografías y recogían todo tipo de pruebas. Le recordaba a las series americanas de investigación forense que tanto éxito habían tenido en los últimos años. Un montón de agentes vestidos con monos, patucos de plástico y guantes de látex apuntando lo que veían, recopilando pruebas y sacando instantáneas de todo y de todos. Incluso el cadáver que, desde su posición, Elizalde sólo llegaba a intuir.

Antes de que Silvia se alejara del todo, el profesor quiso preguntarle un par de cosas más sobre lo sucedido. Era un acontecimiento demasiado extraordinario. Nunca había pasado una cosa así en el campus ni, seguramente, en toda Vizcaya. De hecho, no estaba seguro de que algo así hubiera siquiera ocurrido alguna vez en el País Vasco.

—Por cierto Silvia, ¿quién ha encontrado el cuerpo? —y volvió a acercarse al cordón.

—Ha sido una alumna. Una estudiante de la universidad.

Arrieta sacó su libreta del bolsillo trasero del pantalón y buscó el nombre. A Elizalde siempre le pareció que tenía un cuerpo precioso. El uniforme sólo lo marcaba más. Era una pena que ahora únicamente pudieran ser amigos.

—Una tal Leonor Ezquerro —le reveló la inspectora remarcando cada sílaba del nombre y se volvió a guardar la libreta en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Leonor Ezquerro? —exclamó asombrado—. Es alumna mía. ¿Y dónde está?

—Un agente la ha acompañado a comisaría para tomarla declaración.

Elizalde no preguntó nada más y dejó que Silvia continuase con su trabajo. Se despidió y puso rumbo a su despacho. Cogería sus cosas y se marcharía a casa. Esperaría nuevas noticias desde allí.

De camino, se cruzó con una chica pequeña, pelirroja, vestida de sport y con un gran bolso. Iba examinando todo al detalle y, de vez en cuando, se paraba a preguntar a algún estudiante o curioso. Tenía, sin duda, pinta de periodista. ¿Cómo se habría enterado tan rápido?

El profesor siguió su camino. No se había alejado ni cien metros cuando escuchó mucho jaleo tras de sí. Se dio media vuelta y vio que un fotógrafo era expulsado de la escena del crimen. Silvia le había pillado escondido tras unos matorrales haciendo fotos al cadáver. Cuando le pidieron la cámara, el fotógrafo echó a correr como alma que lleva el

diablo para que no le quitaran la tarjeta de memoria de la máquina. La chica con pinta de periodista con la que se había cruzado, aprovechó ese momento de confusión para atravesar el cordón policial y meterse dentro.

Elizalde no la delató. Sólo se dio media vuelta y continuó hacia su despacho. Él ya únicamente quería irse a casa.

Lucía Ferrer atravesó el cordón policial del campus universitario de Lejona mientras los agentes allí congregados intentaban coger a Miguel Herrador, el fotógrafo del *Metropolitano del Norte* que era quien había hecho las fotos del cadáver escondido tras unos matorrales. Lucía no sabía cómo lo hacía, pero siempre tenía buenas imágenes de todo lo que sucedía en el Gran Bilbao. Estaba segura que había tenido conocimiento de lo ocurrido antes incluso de que Gustavo le avisara por teléfono. Creía a pies juntillas que Miguel Herrador llevaba una emisora con la frecuencia de la Ertzaintza en la guantera del coche. Así conseguía siempre las instantáneas antes que nadie.

Con cautela y aprovechando la confusión que Miguel había creado, la periodista se acercó hasta el cadáver de la chica que aún colgaba del árbol de la Facultad de Bellas Artes. La silueta de esa joven ahorcada de aquel ejemplar de platanero le produjo miedo y aprensión. De todos modos, continuó andando hacia ella y la rodeó. Quería saber cómo era la muchacha, cómo iba vestida o su edad. Perseguida, en definitiva, conseguir datos que la ayudasen a crear un perfil adecuado de la víctima e incluso de su asesino. Siguió girando hasta ver completamente el rostro de la joven y lo que habían hecho con ella. Cuando vio su cara, no pudo hacer otra cosa que gritar. Gritó con toda su alma y sus ojos se cubrieron de lágrimas. No se lo podía creer. Aquello no podía ser real.

Cayó al suelo de rodillas mientras era rodeada por los inspectores que llevaban el caso y otros agentes. Todos la observaron sin decirle nada. La miraban con expresión severa por haberse saltado el cordón policial y con expectación ante su reacción y sus gritos. Esperaban que dijera o hiciera algo.

Lucía levantó la cabeza, se secó las lágrimas y miró directamente al cadáver.

—Yo conozco a esta chica —sollozó mientras se apretaba con fuerza el estómago—. Yo la conozco...